

# MOVING AROUND

Sobre nomadismo y prácticas artísticas contemporáneas

Un texto de Jesús Palomino

## PANAMA (Julio 2002 y marzo 2003)

Desperté y al abrir los ojos encontré en la rama de un árbol enfrente de la ventana un tucán. No tendría mayor trascendencia si no fuera por la extraordinaria belleza que los animales salvajes transmiten cuando se les observa en su medio natural. Nunca había visto un tucán salvo en los libros de naturaleza del colegio. Aquella mañana estaba allí, inocente y confiado, sin prestar la más mínima atención a mi presencia.

### UN GRAN LÍO EN LA MANSIÓN DANTÉ

Fui invitado a Ciudad de Panamá por Gerardo Mosquera y Adrienne Samos a participar en una novedosa propuesta expositiva llamada CIUDAD MULTIPLE. El proyecto era una ambiciosa experiencia de intervención artística en el espacio público en la ciudad. Los artistas invitados eran Cildo Meireles, Francis Alÿs, Ghada Amer, Gustavo Artigas, Brooke Alfaro, Gu Xiong, Yoan Capote, Gustavo Araujo, Juan Andrés Milanés, Humberto Vélez, el grupo Artway of Thinking y yo.

En mi primera visita, con la idea de definir mi participación en el proyecto, tuve la posibilidad de recorrer acompañado de arquitectos, artistas, y colaboradores del proyecto, los lugares más significativos de la ciudad. Recorrí también el canal de Panamá hasta el Pacífico en el tren que conecta ambos océanos, visité el Puente de las Américas, el casco antiguo colonial, la densamente construida y moderna zona de rascacielos de Punta Paitilla, el barrio Chino, la antigua zona militar estadounidense, etc. Digamos que pude adquirir una rápida y amplia panorámica de la ciudad y de su pulso. Después de tanta visita, lo que más me llamó la atención fueron los sencillos tenderetes callejeros improvisados y autoconstruidos que aparecían en cualquier mínimo espacio disponible en medio de la aceras, las esquinas, debajo de los puentes, etc. En Panamá, estos humildes negocios reciben el descriptivo nombre de “*precaristas y buhoneros*”. Su legalidad era negada por las autoridades aunque era obvia su presencia por casi todas partes, representando la economía de supervivencia más humilde, y posiblemente el único medio de vida de miles de panameños. Me llamaban enormemente la atención por su carácter informal de alegre vitalidad y modesta afirmación. Para mí fue obvio proponer a Gerardo Mosquera algo en relación con aquellos vendedores callejeros.

En mi segunda visita, ya para poner en marcha la propuesta, durante unos doce días con la ayuda de un carpintero construimos unas curiosas réplicas de puestos de “*buhoneros y precaristas*”. Los tenderetes estaban hechos básicamente de madera, cartón, cinta aislante y toldos de plástico. El conjunto era una instalación diez metros de largo aproximadamente, compuesta por siete diferentes puestecillos. Para mí, y para el carpintero que me ayudaba, y del que llegué a hacerme bastante amigo, resultó un trabajo tan lúdico que jamás pudimos sospechar el efecto que desataría. Para emplazar nuestras réplicas teníamos varias localizaciones. Una de ellas era la Mansión Danté. La Mansión Danté era la galería comercial más exclusiva de la ciudad; el lugar en el que, si tenías suficiente dinero, podías adquirir un Jaguar, un reloj Cartier o un modelo de Chanel. Resultó que la dueña de la Mansión era amiga personal de Adrienne Samos, co-

curator del proyecto, y a través de su amistad pudimos acceder a explicarle la idea. La dueña, una mujer atractiva de mediana edad de aspecto culto y vestimenta elegante, a pesar de estar ocupada con sus miles de asuntos, parecía diligentemente dispuesta a escuchar mi petición. Su actitud resuelta transmitía la sensación de “¡Vayamos al grano!”. Me sentí algo inseguro intentando encontrar argumentos con los que explicar la intención de mi instalación. Ella decía ser amante del arte contemporáneo aunque lo que yo le proponía, pensé, posiblemente superaría sus expectativas. Al acabar mi presentación, de manera ágil y sumárisima, sin perder tiempo me contestó: sí. Sí, me dejaría instalar los puestos en el aparcamiento delantero de su Mansión. Habló con el guardia de seguridad armado que había en el parking para advertirle que nos dejara hacer uso de una parte del aparcamiento. El mismo guardia se encargaría de la protección de la instalación que iba a ocupar ese lugar durante un mes. Me quedé perplejo ante la rápida y afirmativa respuesta. Su compromiso con el proyecto fue total, como pude comprobar más tarde.

El día de la inauguración fuimos, con ayuda de una pequeña camioneta, transportando los diferentes *puestos y muebles-tenderete* hasta la Mansión Danté y los ubicamos en el aparcamiento. A partir de ese instante comenzó la auténtica e inesperada vida de la propuesta. Los tenderetes parecían no dejar a nadie indiferente. Los compradores de alto poder adquisitivo habituales en la Mansión, quedaban perplejos y sorprendidos por la osadía de los *precaristas* al colocar sus kioscos en el mismísimo aparcamiento. Inmediatamente pedían su retirada hasta que la propia dueña de la Mansión les explicaba que aquello era una propuesta artística del proyecto Ciudad Múltiple. Saber que eran ficticios les calmaba sólo momentáneamente. Por otro lado, los auténticos *precaristas* que tenían sus puestos en la zona, también protestaron creyendo que unos intrépidos y osados *buhoneros* habían ocupado la Mansión. Sin duda, aquella situación de *invasión* les traería problemas con la policía y con las autoridades, y les daría aún peor prensa de la que ya tenían. Los vendedores callejeros reales pidieron la inmediata retirada de la instalación incluso cuando los propios responsables del Ayuntamiento aseguraron que tenía todas las autorizaciones necesarias para ocupar aquel lugar en la vía pública. En medio de aquella inesperada reacción nunca faltaba alguna pareja de policías de patrulla que se acercaba a averiguar cómo era posible que los vendedores ambulantes hubiesen llegado tan lejos en su ocupación. Había que explicarles que aquello era una ficción, que no existían tales *precaristas*. Para acabar de calentar los ánimos, los diarios panameños comenzaron a hacerse eco de la noticia participando también a su manera en el debate. La naturaleza del asunto radicaba en la no distinción entre *realidad y ficción* que la instalación parecía generar. Sólo el guardia de seguridad del parking, la dueña de la Mansión, los organizadores de la exposición y yo mismo (o sea, unas ocho personas en toda la ciudad) estábamos al tanto de la auténtica naturaleza de aquel objeto ubicado en medio de la calle. Insospechadamente, la polémica no hizo sino aumentar con el pasar de los días y duró hasta el final de la exposición. A pesar de las protestas y las tensiones, la dueña de la Mansión Danté (a la que aún hoy agradezco su compromiso con el proyecto) no retiró la instalación. El proyecto había generado unas reacciones completamente inesperadas y suscitado un debate (no muy sosegado al parecer) sobre el uso del espacio público y la visibilidad de ciertas prácticas llevadas a cabo por grupos sociales marginales en la ciudad de Panamá. Yo no me encontraba ya en el país durante todo este lío posterior de opiniones, protestas y reacciones a favor y en contra. Jamás, mientras construíamos la instalación, sospeché si quiera por un momento, que llegaría a tomar un protagonismo tal. Al fin y al cabo no eran más que inofensivos muebles y mesas pintados de colores protegidos del fuerte sol con toldos de

plástico. Ubicado en medio de la ciudad aquel conjunto escultórico desprendía un aire de curiosa humanidad y tensión fantástica. A mí me gustaba mucho.

## LAS BANDAS DEL CENTRO

De la mano de Brooke Alfaro, uno de los artistas participantes en Ciudad Múltiple, tuve la posibilidad de conocer más de cerca la realidad del mundo de las bandas juveniles de Panamá.

La violencia entre jóvenes no era un fenómeno nuevo aunque en los últimos años el número de muertes por armas de fuego había subido alarmantemente. Brooke conocía ese mundo y un día le acompañé al centro de la ciudad, donde pude comprobar las duras condiciones de vida de aquellos muchachos. La verdad es que me quedé impresionado por la precariedad de las viviendas y la pobreza en la que vivían muchas familias. El proceso de marginalización parecía haberse instalado hacía años en ciertas áreas del centro de la ciudad ocupadas en su mayoría por familias de origen antillano. Recuerdo que llegamos al lugar en un atractivo 4x4 conducido por el propio Brooke y lo aparcamos en la puerta de una enorme casa de vecinos en estado semiruinoso. Había niños pequeños jugando por todo el patio. Le pregunté a Brooke que si no le preocupaba dejar el coche en aquella calle que poseía el marcado signo de los lugares lumpen. El me contestó que no había problema, que los chicos de las bandas no solían dedicarse al robo ni a atacar la propiedad privada, se limitaban a disputarse entre ellos los territorios y los puntos de venta de droga. El destino de muchos de aquellos muchachos era morir jóvenes de un disparo o de sobredosis. Aquel comentario me resultó de lo más curioso; me confirmó el cerco de marginalidad que mantenía encerrados a los chicos en su propia fatalidad. Algunos de los muchachos habían renunciado incluso a robar, imaginando que convencidos por la acción de la policía y el gran número de agentes de seguridad privada presentes en toda la ciudad. Las bandas se dedicaban a la *pedra*\*

Las familias que Brooke me llevó a conocer eran realmente tan humildes como amables y agradecidas. Conversando con aquellas personas era difícil eludir la realidad de entrar en contacto directo con los auténticos desfavorecidos, *los desamparados*. Al salir, en el patio nos encontramos con un amigo de Brooke, un muchacho de unos quince años, muy menudo de cuerpo, casi un niño aún, que en voz muy baja y evitando llamar la atención, nos confesó que se iba de la ciudad porque andaban buscándole para matarle. Una banda rival le había lanzado el aviso. Quería quitarse unas semanas de la ciudad y así evitar lo peor. Estaba enganchado a la *pedra*.

Brooke Alfaro había trabajado con dos bandas rivales para realizar un increíble y arriesgado proyecto de video. La propuesta era invitar a dos bandas rivales a cantar por separado una canción compuesta por un popular rapero panameño llamado El Rookie. Los videos fueron presentados simultáneamente en dos proyecciones de dimensiones gigantescas sobre las fachadas de los edificios principales del barrio en el que operaban los muchachos. La idea era mostrar a las dos bandas rivales, colaborando en un proyecto común, y mostrando su admiración por el mismo músico para así enviar un mensaje de identificación positiva y tolerancia. La energía que movía el proyecto era realmente densa. La noche de presentación del proyecto fue intensa porque no se sabía cuál sería la reacción de los protagonistas del video (los pandilleros) al ser presentados juntos cantando la misma admirada canción. Todo esto ocurrió en una zona marginal del centro de la ciudad de Panamá con escolta policial especial y una enorme masa humana

que aguardaba expectante el inicio de la proyección. Finalmente no ocurrió nada fuera de lo normal y la acogida del video fue positiva, afortunadamente para todos.

Brooke solía ir con frecuencia al hospital a visitar a los chicos de las bandas que caían heridos. Una tarde, me invitó a visitar a uno de ellos que había recibido un disparo en el estómago. El chico había estado a punto de morir. Dos muchachos, amigos del herido, nos acompañaban. Era una pareja muy joven de quince o dieciséis años. La mezcla de desesperada violencia e indefensión que transmitían me dejaba mudo.

## **INVASION DE IRAK, BALTAZAR GARZON Y RUBEN BLADES**

Una noche tomaba una cerveza con Walo Araujo en un bar cerca del centro antiguo de la ciudad. Walo trabajaba en la Embajada de España en Panamá y estaba colaborando en el proyecto de Ciudad Múltiple. Andábamos taciturnos porque aquella noche comenzaba la tan anunciada invasión de Irak. Era marzo de 2003.

Walo me contó que sólo unos años antes en diciembre de 1.989, durante el gobierno de Bush Padre, Panamá había sido invadida por 26.000 soldados estadounidenses con el objetivo de derrocar a Marco Antonio Noriega. La operación militar duró a penas un par de semanas y recibió el nombre de *Operation Just Cause\**. El número de bajas civiles en aquella operación fue de 3.000 a 5.000 personas, sobre todo del popular Barrio del Horriño. El mando militar definió estas muertes como “*efectos colaterales*”. Irak y Panamá aquella noche, por motivos completamente diferentes, comenzaban a compartir una misma suerte de “*efectos colaterales*”.

Otro día quedé con unos amigos panameños para tomar un café en un hotel de Punta Paitilla, la zona de rascacielos de viviendas más exclusiva de la Ciudad de Panamá. Al encontrarme con ellos me confirmaron emocionadamente que el Juez Garzón estaba de paso por la ciudad para dar una conferencia sobre Derecho Internacional y Derechos Humanos. Era una de las muchas ciudades que visitaría en su gira por Sudamérica. Fue tanta la admiración de mis amigos por Garzón que mi percepción sobre su figura cambió a partir de aquel instante. Para ellos, como ciudadanos de un país latinoamericano, la acción del juez desde Europa en relación al caso Pinochet y la persecución de los crímenes contra la Humanidad les parecían de un valor incalculable.

Todas las tardes, después de haber terminado el trabajo, nos reuníamos en una pequeña plazuela en la parte antigua de la ciudad colonial. Nos reuníamos con la puesta de sol, algunos de los artistas cubanos que participaban en la exposición y yo. El banco en el que nos sentábamos estaba justo en frente de la casa de Rubén Blades. ¡Era curioso haber atravesado el océano para acabar tomando cervezas enfrente de la casa de Rubén Blades en un sitio que se parecía a Cádiz! La única diferencia era que el sol se ocultaba por un punto diferente del horizonte.

## **PUSH THE BUTTOM**

El carpintero que me ayudaba a construir mi proyecto era un hombre realmente divertido y empático. Era alto y robusto; un mestizo con familia de origen antillano y chino. Un hombre de suaves maneras e inteligencia natural. Según él mismo decía, se consideraba un “gran amante de las mujeres”. Algunos días comíamos juntos y otros él se iba a comer por su cuenta. Algunos de estos días cuando volvía después de comer

para seguir trabajando por las tardes me comentaba que había pasado por el *push the buttom*\*. Yo no le di mayor importancia. Pensé que sería un café o algún local al que iba a tomar alguna bebida. Después de algunos días me volvió a comentar, esta vez más socarronamente, que había vuelto a pasar por el *push the buttom* y que lo había pasado muy bien. Me dijo que si alguna vez quería ir con él que estaría encantado de llevarme. Yo le dije que claro, que sin problemas. Una vez que acabamos el trabajo no tuve ocasión de volver a ver de nuevo a mi amigo carpintero. Imagino que estaría ocupado con los múltiples trabajos de albañilería, electricidad y pintura con los que se ganaba la vida. Aunque él, básicamente, era taxista. Un día por curiosidad le pregunté a Walo Araujo, mi amigo que trabajaba en la Embajada de España, que me encantaría ir al *push the buttom*. Walo me miró sorprendido y comenzó a reírse. Yo no entendía. “¿Quién te ha dicho que es un bar?” me dijo. “!Push the buttom son los garages donde por un precio barato entras con tu coche y discretamente te ofrecen cualquier tipo de servicio sexual; Si quieres ir puedo llamarte un taxi”.